



Juan Ciudad Duarte (San Juan de Dios) nació en 1495, en un pequeño pueblo portugués: Montemor o Novo. En 1503, se establece en Oropesa (Toledo), donde permanece durante dieciocho años. Después de unos años de diversas aventuras y oficios, soldado, librero, albañil, hacia 1538 llega a Granada donde va a comenzar su labor en favor de los enfermos y necesitados.

Su conversión religiosa y su enfervorizada opción por los más pobres le lleva a ser considerado como un loco, por lo que es trasladado al Hospital Real de Granada, en el que Juan experimenta en su propia carne el cruel trato que recibían los enfermos.

Juan Ciudad pasa de la condición de internado a la de colaborador voluntario en las tareas del Hospital al servicio de los enfermos. Es en este momento cuando nace la vocación de Juan de Dios: servir a los pobres cuando se encuentran en condiciones de máxima marginación, carentes incluso de la salud física y mental.

Entre 1538-1539 Juan de Dios funda en Granada su primer hospital, un hospital verdaderamente revolucionario para su época, no sólo por el trato y calor humano que los enfermos reciben de Juan y sus compañeros, sino también por la idea de disponer a los pacientes separados en atención al tipo de enfermedad que sufren y por destinar una cama para cada enfermo, algo impensable por aquel entonces.

Muere el 8 de marzo de 1550. Su entierro constituyó una extraordinaria manifestación de duelo y fervor hacia su persona y su obra por parte del pueblo, la nobleza y las autoridades de aquella época.

“Tened siempre Caridad, que donde no hay caridad no hay Dios, aunque Él en todo lugar está.”

San Juan de Dios

SERVICIO DE PASTORAL. ATENCIÓN ESPIRITUAL Y RELIGIOSA.

jsanchezf.cabm@hospitalarias.es

jjgalan.cabm@hospitalarias.es

CIEMPOZUELOS (MADRID)



Hermanas Hospitalarias

COMPLEJO ASISTENCIAL BENITO MENNI

12 DE MARZO 2023

III. DOMINGO DE CUARESMA

Año XV. nº: 811



Palabra de Dios:

Éxodo 17, 3-7.

Danos agua de beber.

Salmo 94.

Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor: «No endurezcáis vuestro corazón».

Romanos 5, 1-2. 5-8.

El amor de Dios ha sido derramado en nosotros con el Espíritu que se nos ha dado.

Juan 4, 5-42.

Un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna.

La escena es cautivadora. Cansado del camino, Jesús se sienta junto al manantial de Jacob. Pronto llega una mujer a sacar agua. Pertenece a un pueblo semi-pagano, despreciado por los judíos. Con toda espontaneidad, Jesús inicia el diálogo. No sabe mirar a nadie con desprecio, sino con ternura grande. "Mujer, dame de beber".

La mujer queda sorprendida. ¿Cómo se atreve a entrar en contacto con una samaritana? ¿Cómo se rebaja a hablar con una mujer desconocida?. Las palabras de Jesús la sorprenderán todavía más: "Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría del agua de la vida".

Son muchas las personas que, a lo largo de estos años, se han ido alejando de Dios, sin apenas advertir lo que realmente estaba ocurriendo en su interior. Hoy Dios les resulta un "ser extraño". Todo lo que está relacionado con él, les parece vacío y sin sentido: un mundo infantil, cada vez más lejano.

Los entiendo. Sé lo que pueden sentir. También yo me he ido alejando poco a poco de aquel "Dios de mi infancia" que despertaba dentro de mí tantos miedos desazón y malestar. Probablemente, sin Jesús nunca me hubiera encontrado con un Dios que hoy es para mí un Misterio de bondad: una presencia amistosa y acogedora en quien puedo confiar siempre.

Nunca me ha atraído la tarea de verificar mi fe con pruebas científicas: creo que es un error tratar el misterio de Dios como si fuera un objeto de laboratorio. Tampoco los dogmas religiosos me han ayudado a encontrarme con Dios. Sencillamente me he dejado conducir por una confianza en Jesús que ha ido creciendo con los años.

No sabría decir exactamente cómo se sostiene hoy mi fe en medio de una crisis religiosa que me sacude también a mí como a todos. Solo diría que Jesús me ha traído a vivir la fe en Dios de manera sencilla desde el fondo de mi ser. Si yo escucho, Dios no se calla. Si yo me abro, él no se encierra. Si yo me confío, él me acoge. Si yo me entrego, él me sostiene. Si yo me hundo, él me levanta.

Creo que la experiencia primera y más importante es encontrarnos a gusto con Dios porque lo percibimos como una "presencia salvadora". Cuando una persona sabe lo que es vivir a gusto con Dios porque, a pesar de nuestra mediocridad, nuestros errores y egoísmos, él nos acoge tal como somos, y nos impulsa a enfrentarnos a la vida con paz, difícilmente abandonará la fe. Muchas personas están hoy abandonando a Dios antes de haberlo conocido. Si conocieran la experiencia de Dios que Jesús contagia, lo buscarían.

José Antonio Pagola



"Sea... vuestra sed, vuestro deseo, vuestro anhelo, el imitar al glorioso Padre y Patriarca San Juan de Dios, que no miraba sino cómo sacrificarse para aliviar a los pobres por amor de Jesucristo"

(San Benito Menni, c. 346)

ORACIÓN A SAN JUAN DE DIOS

San Juan de Dios, glorioso patrón de los enfermos, que elegiste a los más necesitados y a los que padecían para darles tu amor, cuidados y atenciones por ser ellos la representación del Cristo sufriente, y te esforzaste en hacerles el bien y caridad, en sustentarles, vestir y curar, recibe a las personas enfermas con amor y caridad e intercede por ellas. Haz que el personal sanitario que se ocupa de ellas reciba luz y guía de Dios y sean sabios para administrar los tratamientos y cuidados adecuados. Da fortaleza a sus familiares y amigos para que no pierdan la esperanza y sepan hacer todo lo necesario para afrontar la situación de enfermedad con entereza. Oh Dios concédenos que, siguiendo el ejemplo de san Juan de Dios llevemos en el corazón y manifestemos en la práctica el amor a los pobres, a los enfermos y necesitados. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

